

Editorial Planeta 



A la venta el 4 de febrero

Nº de páginas: 336 – PVP: 20€

www.novedadesplaneta.es comunicacioneditorialplaneta@planeta.es

FRANCISCO PÉREZ ABELLÁN



© Fernando Díaz Villanueva

El Prof. Dr. Francisco Pérez Abellán es periodista y escritor, especializado en el mundo del crimen, y ha sido director del Departamento de Criminología de la Universidad Camilo José Cela. Colaborador habitual de televisión, es autor de otros 21 libros, entre los que destacan *“Jarabo, 1958”*, *Crónica de la España negra*, *Ellas matan mejor*, *Mi marido, mi asesino* y *Alcácer, punto final*.

MATAR A PRIM

El mayor misterio criminal de la Historia de España

«Como jefe de la investigación, afirmo sin ninguna duda que hemos resuelto el asesinato de Prim»

Francisco Pérez Abellán

El asesinato del general y jefe de gobierno Juan Prim en 1870 es el primero de los grandes magnicidios de la historia de España, y quizá el mayor misterio criminal que este país haya vivido jamás. Un asesinato jamás resuelto oficialmente hasta ahora: el caso se cerró en falso unos años después de los hechos, cuando Alfonso XII se casó con la hija de uno de los principales artífices, el duque de Montpensier, Antonio de Orleans. Sólo los avances tecnológicos del siglo XXI y el empeño de un grupo de investigadores por descubrir la verdad han hecho posible que este crimen se haya resuelto finalmente.

En vísperas del bicentenario del nacimiento de Prim, que se cumple este 2014, se formó la Comisión Universitaria Prim de Investigación, presidida por el autor de este libro, Francisco Pérez Abellán. Se trata de una institución voluntaria y altruista, multidisciplinar, sin ánimo de lucro, compuesta de modo libre y voluntario por profesores y doctores, cuyo objetivo siempre ha sido la verdad y nada más que la verdad, y esclarecer por fin el magnicidio que cambió el rumbo de la Historia de España. La investigación llevada a cabo por la Comisión ha aportado conclusiones absolutamente novedosas (la más llamativa es que Prim, tras ser tiroteado, fue rematado por estrangulamiento a lazo) y controvertidas, pues la idea de fondo es que siempre se ha mentado sobre el caso, y que la versión oficial, según la cual Prim habría permanecido tres días agonizante y habría muerto a causa de la infección de las heridas de bala, fue siempre una versión interesada e inventada por todos cuantos estuvieron implicados en el crimen. No se puede precisar la data de la muerte pero debió de producirse al poco de ser tiroteado.

Hasta el momento presente los resultados de tan novedosa investigación tienen que luchar, todavía hoy, contra el empeño en contra de sociedades secretas, que han intentado acabar con el sumario judicial, borrando y destruyendo sus páginas; asociaciones folklóricas de exaltación de la falsedad histórica, que pretenden dejar las cosas como estaban, como si no hubiera pasado nada; historiadores incapaces de consultar documentos de la época; escritores que recrean en la ficción la mentira urdida para maquillar el crimen y políticos que se resisten a aceptar la verdadera figura de Prim como el más valeroso de nuestros soldados y un patriota que llevó a sus voluntarios a morir por la bandera de la patria.

Prim, a pesar de los ignorantes que combaten su figura histórica, escribía casi a diario a su madre cartas en un rico castellano y murió por lo que creía un futuro mejor para todos

los españoles. Hasta su muerte, todos los magnicidios, de Viriato a Julio Cesar o Abraham Lincoln, fueron artesanales, fruto de un lobo solitario. Al estilo de “mediocre actor mata a Lincoln por la espalda”, respaldado por un puñado de cómplices. Pero con Prim, el magnicidio se hace industria: se contratan todos los sicarios disponibles, se les paga mejor que nunca y se cubren todas las eventualidades. No hay escape ni itinerario por dónde huir. La complejidad de su magnicidio puede trasladarse al mismo asesinato de John Fitzgerald Kennedy.

Puede decirse que quienes mataron a Kennedy se inspiraron en la muerte de Prim. En el magnicidio de Dallas tampoco había escape y también hubo un cabeza de turco como Paúl y Angulo: Lee Harvey Oswald. Los asesinos de Kennedy, como los de Prim, se emplearon a fondo en disfrazar el crimen, hasta el punto de que el misterio continúa. Los francotiradores cubrieron todas las salidas. Kennedy no podía escapar. Y los cómplices se ocuparon de hacer desaparecer las pruebas.

La tesis principal de la Comisión, ampliamente desarrollada en este libro, es que todos los magnicidios son fruto de una traición colectiva y que, en el caso del general Prim, incluso el jefe del Estado (el general Serrano, a la sazón regente) estaba involucrado en el crimen, como lo señalan una cadena de modernos y poderosos autores (Oliver Bertrand, José Andrés Rueda Vicente, Pere Anguera, José María Fontana) de los que somos deudores, y lo adelanta ya en el prólogo el secretario general de la Comisión Prim, Miguel Ángel Almodóvar.

Si el asesinato y las mentiras sobre el caso Prim cambiaron la Historia de España, todo lo que la Comisión ha descubierto arroja nueva luz sobre el pasado, presente y futuro de este país. No en vano Francisco Pérez Abellán ha enviado un mensaje a S. M. el rey— que podemos encontrar reproducido al inicio del libro— informándole de que, contra lo que algunos obstinados sostienen, se ha comprobado por primera vez de forma científica que la línea legitimista representada por su bisabuelo Alfonso XII no tuvo nada que ver en el asesinato, que lo cometieron enemigos feroces de los Borbones alfonsinos y que, como en su día afirmó Pedrol Rius, queda confirmado que «la venida de don Alfonso y la gran obra de la Restauración están limpias de toda salpicadura de la sangre de Prim».

EL SIGLO DEL ROMANTICISMO

El libro conjuga el registro científico y minucioso de las conclusiones de esa investigación multidisciplinar (histórica, forense, criminalística, legal...) con los datos y hechos históricos, y con el tono de una narración de época que, por momentos, recuerda a las de los romances de ciego o los pliegos de cordel, que, como dice el propio autor, era el modo en que historias como ésta se contaban en su tiempo. Es un tono apropiado porque ésta es una historia muy del siglo XIX, de traidores y de héroes románticos (cuando asesinan a Prim, hace sólo cinco días que, no muy lejos del lugar de los hechos, ha muerto Bécquer), en la que se mezclan las intrigas del poder y las sociedades secretas, una historia que tiene el halo del fatalismo de las tragedias clásicas, porque aunque todo el mundo sabía que iban a matar a Prim y éste incluso fue avisado para que desviara su ruta, la leyenda que se había generado en torno a él de inmortalidad —y que él mismo, en parte, se creía— y el exhaustivo plan que los conspiradores habían trazado fueron más fuertes que el coraje y la astucia de Prim .

Efectivamente, aquel gélido y nevado 27 de diciembre de 1870 había en Madrid tres emboscadas preparadas, tres grupos de asesinos apostados en tres puntos distintos para que, tomara el camino que tomara Prim a la salida del Congreso, fuera inevitable toparse con alguno de ellos. Y, una vez malherido, Prim, quedó a merced, en su propia casa, de sus asesinos, que remataron la faena (ésta es una de las grandes revelaciones del libro) estrangulándolo con un cinturón de cuero. Lo hicieron por orden del general Serrano o con su consentimiento y, casi seguro, en su presencia.

Como bien dice el profesor de Investigación Criminal José Romero Tamaral, famoso por ser el policía que resolvió el caso Urquijo: «Nunca había visto unas marcas tan características de un estrangulamiento a lazo... carece de todo sentido y razón que nadie se ocupase de dejar semejantes estigmas en el cuello del general con otra finalidad que no sea la de acabar definitiva y certeramente con su vida», argumenta.

EL HÉROE Y EL VILLANO

Si Prim era un héroe romántico, Serrano era «un conspirador, un general del tiempo de los espadaones, y tiene en su haber episodios muy oscuros».

Prim tuvo una carrera de militar valeroso, que le convirtió en un mito entre los soldados y en un héroe popular, con su particular *baraka*. Fue el líder del movimiento político y militar contra los esparteristas. Al principio, fue un progresista que miraba más allá de la revolución burguesa, pero, cauto y partidario de la ley y el orden, se convirtió en un monárquico en busca de un buen rey. Hombre de su tiempo, tuvo también una larga carrera de conspiraciones. Distribuía el botín entre sus soldados «más con justicia de bandolero generoso que de jefe militar». Despreciaba la propia vida, pero también, en consecuencia, mostraba escaso apego a la de los demás, ya fueran subordinados o prisioneros.

Serrano, por su parte, jefe del Estado tras el derrocamiento de Isabel II en 1868, vivía en una jaula dorada sin el poder ejecutivo que tenía Prim y que él ambicionaba. El estrangulamiento a lazo es la prueba definitiva de la culpabilidad de Serrano, por acción u omisión, ya que Prim estaba bajo su custodia en ese momento. Sólo la ignorancia de los políticos —dice el autor del libro— hace que el general Serrano siga dando nombre a una de las principales calles de Madrid.

El libro explora también el contexto político en el que se produjo el asesinato. Se retrotrae a la figura de Isabel II, la reina cuyo derrocamiento llevó al general Serrano a la regencia del reino e hizo que se buscara un nuevo rey fuera de España, que acabaría siendo el italiano Amadeo de Saboya. Isabel, que tenía «un carácter inestable, caprichoso e ingobernable, esclavizado por las pasiones», «vivía el amor como la adolescente entregada que era» en medio de un «mundillo privilegiado y despreocupado de calenturas borbónicas y amores apasionados».

UN PATIO DE MONIPODIO LLENO DE CRIMINALES

Pero aquella España tardorromántica y políticamente efervescente en la que se enfrentaban en la calle la Partida de la Porra de los partidarios de Prim y la Banda del Trabuco de sus adversarios, era también «un patio de Monipodio lleno de criminales». El autor señala a «los que provocaron el asesinato, los que lo llevaron a cabo como una

operación militar y los que deseaban que el plan tuviera éxito y no hicieron nada para evitarlo».

Porque un magnicidio como el de Prim, sostiene Pérez Abellán, es siempre una traición; en todos hay siempre implicado alguien de los peldaños del poder cercanos a la víctima. Aquél, además, sirvió de modelo histórico a otros cuatro magnicidios españoles (incluso a otros extranjeros), impulsados siempre desde los círculos del poder: Cánovas, Canalejas, Dato y Carrero Blanco.

A Prim le rodeaba por todas partes una enorme conjura. Eran muchos los que querían matarle, y entre ellos estaban sus propios hermanos masones. «Los misterios de algunas épocas y políticas sólo se entienden por el activo de las sociedades secretas», escribe el autor. Lo cierto es que, a esas alturas del siglo XIX, las sociedades secretas habían dejado de estar perseguidas y la francmasonería resultaba muy visible; «el ambiente era de normalidad y de exaltación de los masones». La muerte de Prim fue también fruto de una guerra entre masones; «la sociedad estuvo realmente imputada en el magnicidio». «El crimen, participado por masones, obedeció a un enfrentamiento entre ellos, que se embarcaron en el magnicidio a título individual», sostiene Pérez Abellán.

Por desidia o como un eslabón más de la conjura, Prim fue abandonado por quienes debían protegerle. El ministro de la gobernación, Sagasta, y el gobernador de Madrid, Rojo Arias, se inhibieron de la protección de un político al que ya habían intentado matar dos veces. No hubo vigilancia policial en el corto trayecto que le llevó a la muerte.

En todo caso, los autores intelectuales fueron tres grupos políticos: republicanos exaltados, partidarios de Montpensier y partidarios de Serrano. Los asesinos de Prim eran enemigos feroces de los Borbones, querían el trono para ellos o incluso establecer la República. Todo apunta a que Montpensier fue el financiador y Serrano el gran estratega de la operación. A éste le asistió siempre su jefe de escolta personal, José María Pastor como a Montpensier, su ayudante Solís y Campuzano. Entre los autores materiales tuvo un protagonismo especial el político y escritor José Paúl y Angulo. Los asesinos contaron con una inusitada abundancia de medios, una financiación sin límite y una remuneración muy generosa. Fue el crimen más caro de la historia, fruto de una fortuna sin fondo, y se contrató prácticamente a todos los asesinos a sueldo disponibles en España. Desgraciadamente todos los imputados serán ya para siempre solo presuntos puesto que el juicio nunca pudo celebrarse.

EL SUMARIO, UNA BOMBA POLITICA ENCUADERNADA

El libro se cierra con unos apéndices que recogen las partes principales del sumario abierto en su día, así como, sistematizadas, las conclusiones que el autor ha ido desgranando en las páginas anteriores.

Ese sumario, instruido por jueces que fueron presionados por el poder político, y que la Comisión considera «una de las joyas jurídicas de nuestra historia», está en la actualidad barajado y desordenado, con muchas de sus hojas estropeadas, emborronadas y mutiladas. Han desaparecido más de la mitad de sus páginas, lo que constituye un escándalo mayúsculo. El sumario «ha sido expurgado, emborronado, destruido en parte y mutilado por tratarse de una excepcional bomba política encuadrada». Pero en él se

encuentra la verdad de lo ocurrido y su contenido imputa de forma clara al duque de Montpensier.

Además de las presiones políticas, el gobierno le torció el brazo a la justicia y trató de que el caso fuera sobreseído. El fiscal se opuso, pero fue sustituido con ocasión de la boda de Alfonso XII y María de las Mercedes. Aquel matrimonio —una jugada del amor sólo para los autores de folletines— hizo que el sumario del asesinato de Prim se cerrase en falso, liberando a todos los imputados y sin que el juicio llegara a celebrarse, tras haber estado a punto de procesar al padre de Mercedes, Antonio de Orleáns, duque de Montpensier.

Afortunadamente, el cadáver de Prim se momificó inesperadamente de forma natural, y eso es lo que ha hecho posible un estudio forense completo, casi un siglo y medio después. La momificación ha permitido a la Comisión Prim de Investigación proceder a un estudio forense —el primer retrodiagnóstico criminológico— con los métodos más modernos, incluyendo pruebas de radiología, TAC, observación macroscópica, etc., en un hospital, el Sant Joan de Reus, que, al decir del presidente de la Comisión y autor del libro, es un sueño para la investigación.

Ese minucioso estudio forense permite concluir que al general Prim no le curaron las heridas porque no se trataba de salvarle, ni se le hizo la autopsia hasta que llegó la Comisión Prim. Las lesiones que presenta el cadáver no se corresponden con la documentación oficial y hay hechos objetivos que revelan la falsedad premeditada. Además, se subraya la claridad de las marcas que se aprecian en el cuello, y que según el riguroso estudio antropológico forense realizado por la eminente doctora María del Mar Robledo Acinas “es compatible con los surcos producidos por una estrangulación a lazo” que es la forma científica de decirle a los expertos en investigación criminal que planificaron el estudio que Prim murió estrangulado.